

UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA Y SOCIAL A "CÁNOVAS" DE PÉREZ GALDÓS

Elías de Mateo Avilés

RESUMEN

En el año del centenario de la muerte de Antonio Cánovas del Castillo tratamos de aproximarnos al personaje y su época a través del análisis social e histórico del último Episodio Nacional de Galdós. Los personajes reales y de ficción, el entorno social y urbano del Madrid finisecular, así como los grandes problemas de la España de la época tamizados a través de la prosa y la personalidad de Galdós, se ponen en este trabajo al alcance del lector como un instrumento más y realmente sugestivo del conocimiento histórico.

INTRODUCCIÓN:

El estudio de una obra literaria desde el punto de vista histórico y social, no resulta en absoluto tarea fácil. La obra elegida en este caso, el "Cánovas" de Galdós, quiere ser, en el centenario de la muerte del gran político malagueño, un testimonio de homenaje a su figura, y al mismo tiempo una manera distinta de acercarse al conocimiento de la época de la Restauración marcada de forma indeleble por sus ideas y labor de gobierno.

Serán precisamente estos afanes, los que nos han llevado a interesarnos por la última entrega de uno de los mayores frisos literarios de la novelística española del siglo XIX. Pero nuestro interés diferirá de forma substancial del que pueda ofrecer este tipo de obras para el filólogo o el historiador de la literatura. Desde nuestra perspectiva, esta obra galdosiana será "un camino abierto a una mejor comprensión del hombre en el tiempo: el hombre como individuo ante una situación determinada; el hombre integrado en una sociedad concreta"¹.

Las modernas escuelas historiográficas que tienden a realizar una "historia total", o "historia integradora", consideran a la creación literaria como un elemento clave en la elaboración de la historia, tanto como testimonio o reflejo de la sociedad en que es producida, como expresión de una mentalidad concreta, la del autor, ante ese mismo mundo².

No creemos descubrir nada nuevo al afirmar que la magistral recreación que hace Galdós de nuestro agitado y apasionante siglo XIX, no ha perdido nada de su vigencia, e incluso se adelantó a su época, en tanto que puso de relieve y reflejó aspectos sociales y materiales que quedaban totalmente al margen de la historiografía política y erudita de su tiempo³.

Pero, además, la elección del último episodio galdosiano tiene una última y singular motivación. Aquí, más que en ningún otro —aunque dentro de esta categoría se encuentran las cuarta y quinta serie—, la novela histórica galdosiana se convierte en novela contemporánea. Galdós vive los hechos novelados directamente, compensándose, según Gullón, la pérdida de perspectiva con la calidad del testimonio⁴.

Esta incardinación del autor en el contenido de su obra nos interesa de manera especial. Es un auténtico testigo que reelabora la realidad que le rodea influido por su situación personal concreta en todos los ámbitos, y desde luego con la genialidad que le caracterizó siempre.

La forma concreta del presente estudio, la metodología —empleada—, resultaba un tanto conflictiva a la hora de su elección. La variedad y multiplicidad de corrientes sociológicas aplicadas a la obra literaria, desde la formulación marxista concretada por Plejanov, Trostki, Salomón; la escuela de Altusser...; la tradición sociológica en la crítica literaria rusa: las interesantes formulaciones críticas de Lukacs, o la sociología de la lectura de Robert Escarpit, hacían difícil la elección. Adoptamos finalmente un esquema ecléctico, conjugando el concepto marxista de la obra literaria como producto intelectual de una determinada sociedad, con el indudable carácter de objeto de consumo en una determinada época, propio de la corriente representada por Robert Escarpit. La concreción de esta vía media a la hora de su plasmación práctica se materializa en dos apartados claramente diferenciados:

- La Restauración canovista a través del "Cánovas", con las múltiples facetas que pueden desglosarse de una obra tan rica en matices.
- El Episodio Nacional "Cánovas" ante el público español de la época.

1. LA RESTAURACIÓN CANOVISTA A TRAVÉS DEL "CÁNOVAS" DE GALDÓS.

1.1. *La actitud del novelista ante el periodo histórico.*

Que a Galdós no le gustaba el régimen político de la Restauración, ni las realidades sociales y económicas en el que el mismo se asentaba, es algo tan evidente tan sólo con ojear su biografía de republicano impenitente, o leyendo con atención la obra objeto de nuestro estudio. En toda ella se rezuma un pesimismo absoluto ante las lacerantes realidades de la España de la época.: "Los tiempos bobos"... donde "los políticos se constituirán en casta... no harán nada fecundo, no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias. Fomentarán la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria. Y por último... acabarán por poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil y hasta la independencia nacional, en manos de lo que llamáis nuestra Santa Madre Iglesia"⁵.

Este párrafo final revela a las claras la impotencia de un hombre avanzado, progresista, antimonárquico, regeneracionista a su modo, preocupado por la recuperación material de España y de los españoles, particularmente de sus clases populares, y obsesionado, como buen anticlerical de la época, por la recatolización que la sociedad española del momento iba a sufrir a manos de las órdenes religiosas de procedencia extranjera que iban a establecerse por estos años en nuestro país.

El desmenuzamiento de todos y cada uno de los temas que se encierran en este juicio de valor, su tratamiento en la obra por parte de Galdós, así como el entorno urbano y el de los personajes reflejados, nos ocuparán a continuación.

1.2. *El entorno urbano.*

"Cánovas" puede ser considerado como uno de los episodios "madrileñistas" en la producción del insigne autor canario. En efecto, la Villa y Corte, que había servido a Galdós, madrileño de adopción, como fondo de tantas de sus obras, cobra aquí una vez más el papel de protagonista principal, y no el de simple decorado. El Madrid mesocrático y todavía pequeño de fines del S. XIX aparece vivo a través de la novela. La referencia concreta a tal calle o tal plaza en los largos paseos de Tito Liviano y su acompañante; la descripción del extraradio de una

ciudad que trata de superar en su crecimiento el primer cinturón formado por las Rondas (Valencia, Toledo, Segovia...); la referencia concreta a los domicilios de los grandes políticos de la época (Cánovas en Fuencarral, 2 y Sagasta en Alcalá, 52); los cafés de modas ("La Iberia", "Café de Zaragoza", los lugares monumentales (El Prado, la Academia de la Historia; las Salesas), forman un todo abigarrado y vivo que contribuye más que nada a crear el "ambiente" como algo dinámico.

El que este ambiente esté saturado de verdad gracias a la selección de los pormenores, a la utilización de abundantes y verídicas referencias concretas, contribuyen decisivamente a la impregnación, a la sensación de haber globalizado la acción, el personaje y el entorno. Si en su época se le reprochó a Galdós esta característica, hoy día la consideramos como uno de los elementos más influyentes en la perfección de sus novelas. Para Gullón, "la técnica de observación y minucia apasionada está al servicio de una ordenación de la realidad que no tiende a deformarla, sino a trascenderla"⁶.

1.3. Los personajes de creación.

Es en la descripción de tipos populares, del hombre medio que no pasa con nombre propio a los manuales de historia, pero que resulta protagonista activo y pasivo de la misma, donde Galdós consigue uno de sus máximos logros. La sensación de vida que logra transmitirle; su representación social; la opinión que hace verter, por boca de los mismos, sobre los acontecimientos políticos del momento, tanto como de los defectos y virtudes de las clases sociales del tiempo, hacen particularmente atractivo su estudio.

Si a la mayoría de ellos cabe reprocharles cierto "olor a cocido", este acaba resultando imprescindible en el mundo mesocrático y popular del que el autor extrae sus protagonistas⁷.

Qué decir del inefable, el socarrón, el camándulas, el ingeniosísimo Tito Liviano. Él encarnó como nadie el personaje filosófico fin de siglo; "personaje que creía en muy pocas cosas, que desconfiaba de casi todos sus semejantes; personaje pesimista y agorero, pero con un hondo y desesperado amor a la Patria; personajes sibila de las inminentes catástrofes"⁸.

Pero además, Tito responde a un tipo social muy característico: el del "calavera" dedicado a la política y al periodismo a ratos perdidos, que sobrevive con una "asignación" mensual de la familia, que periódicamente recoge en la portería de la Academia de la Historia. Tipo que trata tanto a lo más granado del nuevo régimen, como a la escoria del Madrid de aquel tiempo. Su laxa moral, su poca afición al trabajo, su descreimiento y su capacidad de fluidez social, sus épocas de

abundancia económica y de escasez... lo entroncan directamente con la picaresca de nuestro Siglo de Oro, con las naturales diferencia que el avance del tiempo y la transformación de la sociedad estamental del Antiguo Régimen en otra, que si no puede llamarse con propiedad burguesa, al menos es liberal y mesocrática.

Junto a él, su compañera, la modosita Casianilla, cuya "vida fácil", obligada por la necesidad imperiosa, realidad tan característica de las clases populares de la época, mueve más a la caridad que a la censura. El autorretrato que ella elabora ante Tito al principio de su relación no tiene desperdicio: "Yo no valgo nada; pero soy buena, aunque me esté mal decirlo; se gobernar una casa y hacer la felicidad de un caballero de circunstancias que no pique muy alto en sus pretensiones. En mí tendría usted una criada para todo y una mujer fiel que le proporcionará paz, alegría y cariño"⁹.

De infancia triste y desgraciada, de la que prefiere no acordarse. Solo le pide a la vida un cierto desahogo económico, estabilidad y cultura. El afán por aprender que D. Benito puso en este simpático personaje, que alcanzará por arte del destino y de las corruptelas del régimen restauracionista el cargo de inspectora de primera enseñanza ¡siendo analfabeta!, supone el reflejo de un lugar común de la ideología regeneracionista que Galdós compartió: la redención de las miserias humanas por la enseñanza y la cultura, aunque estas no lleven consigo, sino a veces todo lo contrario, el escalar puestos en la sociedad mojonada y ramplona del momento.

Otros personajes más secundarios para la trama, son dibujados por el autor con el mismo trazo seguro. Como olvidar a "Leona la Brava" y a Carolina Pastrana, cortesanías de altos jerifaltes de la nueva situación, "damas de las Camelias", en definición del siempre socarrón Tito, añadiendo con un fino humor, no exento de agudeza en la observación de las pasiones humanas, que este tipo de damas mandaban "más que el rey. Más que nadie. En muchas ocasiones son ángeles tutelares que reparten la felicidad entre los ciudadanos". También queda en nuestra retina don José Ido del Sagrario, el escuálido y amable huésped de Tito, filósofo popular a ratos perdidos, ocupado otras veces en enseñar a Casiana las primeras letras; o Segismundo García Fajardo, eficaz activista demócrata en los días revolucionarios del Sexenio, y paciente después de unas de las lacras más odiosas de nuestra reciente y agitada historia política: la emigración a París y Londres de aquellos que no se acomodaban a cada nueva situación; y tantos y tantos otros cuya enumeración haría demasiado prolijo este apartado.

El autor se vale de ellos para definir la circunstancia histórica sin apelar a las figuras reales. Cada personaje solo tiene espesor cuando, además de pasión, tiene situación, que le determina cierto modo de comportarse que le hace real¹⁰.

1.4. Los personajes históricos.

La cantera de retratos vivos coleccionados en toda la serie de Episodios, y de una manera particular en Cánovas es abundantísima. Para Seco "se trata siempre de una definición certera que, a un tiempo nos lleva a las claves psicológicas y nos sitúa en la circunstancia condicionante"¹¹.

Las descripciones de estos príncipes, políticos, militares y diplomáticos, tienen su clave no en los datos recogidos por el autor en todo tipo de fuentes, sino en su peculiar manera de interpretar estos datos para calar la personalidad concreta a que se refieren. La eficacia lograda es tal, que el lector no olvidará ya los fuertes trazos con los que Galdós aboceta todos y cada uno de los hombres públicos de nuestro siglo XIX.

La nómina de los que aparecen en el Cánovas resulta extensa, pero se reduce considerablemente si la restringimos a los que les dedica un retrato trazado con detenimiento¹².

Rasgo inequívoco y común a todos ellos será la generosidad y benevolencia con que serán tratados por Galdós, incluso aquellos que podían constituir en principio "bestias negras" de autores republicanos y progresistas como D. Benito.

El caso de la ya destronada Isabel II, a quien le unía una buena amistad resulta sintomático. Esta circunstancia no la eximirá de una crítica ecuánime cuando trate de regresar a España e influir en el gobierno de su hijo a través de los últimos rescoldos del, en otros tiempos, omnipotente Partido Moderado, pero no caerá en los desgarradores tintes negros y, en la deformación guiñolesca de Valle-Inclán en *La Reina Castiza*, pese a que la Corte del Palacio Basilewky se prestaba a cualquier tipo de burla inmisericorde¹³.

Otros personajes, serán, no obstante, dignos de mayor atención, ya sea por motivos históricos evidentes o sentimentales. Cánovas del Castillo ocupa, por méritos propios, no solo la cabecera del libro y del movimiento que llevó al trono a Alfonso XII, sino que se convirtió en el eje sobre el que giró toda la política española del último cuarto del S. XIX. Artífice de un sistema político con el Galdós en absoluto se halla de acuerdo, va a reconocer en él, con una justicia que le honra, a la personalidad más prominente y de mayor capacidad del momento. No nos resistimos a reproducir algunos párrafos que le atañen de una forma especial. En ellos se conjuga el hombre mundano, el político y el historiador, facetas que Cánovas conjugó a lo largo de su vida.

En el primer encuentro con Tito, este se deshace del estereotipo de un Cánovas inaccesible y encuentra una personalidad atractiva: "A muchos personajes de pri-

mera magnitud política había yo visitado en mi vida; pero ninguno me causó tanta cortedad y sobresalto como don Antonio Cánovas del Castillo, por la idea que yo tenía de la excelsitud de su talento, por la leyenda de su desmedido orgullo y de las frases irónicas y mortificantes que usar solía. Apenas cambiamos las primeras frases de saludo, empezó a disiparse la leyenda del empaque altivo, pues me encontraba frente a un señor muy atento y fino y de una llaneza que al punto ganó mi voluntad. Hízome sentar a su lado, en su sofá casi frontero a la mesa de despacho, y hablamos..., quiero decir, él habló y yo escuché, atento a su palabra enérgica, vibrante y un poquito ceceosa¹⁴.

En otra de sus, a veces fantasmagóricas conversaciones, el ilustre malagueño le revela su personal, y pesimista visión "del ser interno de nuestra patria" y su deber moderador y "continuador de la Historia de España": "Más yo no teorizo; yo gobierno, señor Liviano, y como gobernante estoy amarrado a los cientos y tantos cordones de la realidad. De mi gestión depende que ese ser interno que he descrito a usted, no se convierta en elemento trágico. Mi deber es sofocar la tragedia nacional, conteniendo las energías étnicas dentro de la forma lírica, para que la pobre España viva mansamente hasta que lleguen días más propicios. No podemos marchar a saltos ni con trompicones revolucionarios. Las algaradas y violencias nos llevarían hacia atrás, en vez de abrirnos paso franco hacia un adelante remoto".

Por último, lo describe en la intimidad de su casa, un domingo por la mañana, dedicado a su pasión favorita: la historia y los libros y manuscritos antiguos.

Otras figuras también se encuentran magistralmente abocetadas: el joven, eficaz y ambicioso subsecretario de la Presidencia, Esteban Collantes; la fantástica transformación vital operada en Cabrera, el legendario Tigre del maestrazgo de la Primera Guerra Carlista por influencia de su dorado exilio en la pujante y parlamentaria Inglaterra victoriana, hasta el punto de convertirse al alfonsismo y al pluralismo político; la negra aureola del Duque de Montpensier en el plano político, contraponiéndolo a sus indudables virtudes domésticas de buen padre y esposo; la delicadeza, belleza y fragilidad de la reina Mercedes, con su innegable aureola popular; la simpatía, el don de gentes, la flexibilidad del ingenio y de la palabra, sin que por ello dejase traslucir su pensamiento en la conversación; en definitiva, la capacidad maniobrera y acomodaticia de D. Práxedes Mateo Sagasta...

Existe una personalidad, femenina en este caso, que merece una mención aparte por el cariño, la sensibilidad y las páginas que el autor le dedica: la joven y "hermosa cantante española" Elena Sanz, cuyos amoríos con el rey Alfonso XII

y el truncamiento consiguiente de su carrera artística, cautivaron el corazón de Galdós como el de muchos españoles de la época. La descendencia bastarda que la misma tuvo, permitirá al autor emplear la figura literaria de Leonor de Guzmán, favorita del rey Alfonso XI, y madre de los Trastámaras.

El siguiente párrafo puesto en labios de Tito Liviano, no deja lugar a dudar sobre la consideración de Galdós por Elena Sanz: "A mi modo de ver fue gran necedad preferir el título de favorita del rey al de favorita del público. Pronto habría de serle imprescindible el abandono de su brillante carrera teatral. Ved aquí el triste balance: pérdida de doscientos o trescientos mil francos anuales con que le pagaba el público sus gorgoritos; ganancia de una obtención de amor relativamente miserable. A este desnivel lastimoso habría de añadir la oscuridad, la social anulación a que fatalmente la condenaba el implacable principio de la razón de Estado"¹⁶.

En el fondo, toda esta benevolencia y ecuanimidad en el trato de estos personajes históricos, todos contemporáneos del escritor, puede ser considerado, como lo hace Gullón, como un sentimiento de amor. Ya Menéndez Pelayo habló del hondo sentido de caridad humana, que le permitía elevarse adquiriendo una perspectiva vasta y compleja de las conductas.

"Caridad, liberalismo, humanidad, sencillez expresiva..." rasgos clásicos de lo galdosiano, pueden aplicarse de una manera particularmente acertada con respecto a los personajes históricos¹⁷.

1.5. Las clases sociales

Sin perder la ecuanimidad y la moderación que le caracterizan, Galdós, que puede resultar incluso encubridor de ciertos comportamientos individuales, censurables desde nuestra perspectiva, se hace acre y despiadado a la hora de considerar los comportamientos sociales.

Dentro del friso social madrileño del último cuarto del S. XIX, esbozado por Galdós, se hace notar dos grandes carencias básicas. "Escapan al caleidoscopio galdosiano los estratos más representativos de la burguesía industrial y el gran comercio, sustituidos por la alta mesocracia enriquecida de Madrid"¹⁸.

Tampoco aparece un proletariado urbano que, a la altura de 1912, fecha en que se redactó el *Cánovas*, no solamente se había afianzado como clase social, sino que además había tomado conciencia de tal, catalizada por el movimiento obrero, tan pujante en estos años. Por el contrario la capa social más baja en la pirámide galdosiana quedará constituida por el clásico artesanado madrileño,

menestrales, aprendices... El espectro social de Galdós quedó parado por abajo en la mitad del siglo. No aparecen fenómenos como las lacras de la insuficiente primera industrialización española, ni las emigraciones interiores que hacían crecer Madrid a un ritmo particularmente rápido hacia finales del s. XIX.

No es que Galdós desconozca la pujanza del cuarto estado. Aparecen referencias a la Comuna de París de 1871, pero en acertada definición de Seco: "su pueblo es el artesanado madrileño, insuficiente para suministrar datos sobre la problemática del obrerismo en la época de la revolución industrial"¹⁹.

No alcanzará tampoco a comprender la disociación hacia el apoliticismo ácrata a un sector cada vez más amplio de las masas obreras desde 1869.

En lo más alto de la pirámide, la crítica de costumbres que dedica a los terratenientes, alta burocracia y especuladores madrileños, muchos de los cuales hacen ostentación de unos recientes ennoblecimientos venales, no tiene desperdicio.

En primer lugar La Corte, plagada de elementos de lo que Antonio Maura llamó años después "las dos mil familias de la Restauración". Resulta antológica la descripción que hace de "las ridículas cuestiones de etiqueta suscitadas en la presentación y bautismo de la infanta, a quien dieron el nombre de María de las Mercedes; con el Primado y el Patriarca de las Indias tirándose las mitras a la cabeza "por si correspondía a uno u otro el honor de administrar el sacramento", o "el enojo de los capitanes generales porque, habiendo tomado asiento en no sé qué banco preferente de la Real Capilla, un palatino obligóles a cambiar de sitio diciendo que aquel era el puesto de los mitrados"²⁰.

O la nueva nobleza adinerada, cuya fortuna procedía las más de las veces de negocios poco confesables, y sobre la que el protagonista, Tito Liviano da esta opinión demoledora: "Me reventaban los condes y marqueses, mayormente los de nuevo cuño, sacados por don Amadeo y don Alfonso del montón de indianos negreros, de mercachifles enriquecidos o de agiotistas sin conciencia. Me encorcoroban los señores pudientes, que rebajando su jerarquía ancestral, entregábanse al servilismo palaciego y monárquico"²¹. y su personaje más repugnante de la obra, Segismunda Rodríguez, viuda de García Fajardo, que "se había dedicado en los últimos años al negocio de préstamos usurarios, y laboraba sigilosamente tras la pantalla de testaferreros sin conciencia. Amasado un grueso capital desplumado lindamente al prójimo, la buena señora lupaba por la grandeza y era rabiosa alfonsina. Se desvivía por pescar un título nobiliario, y no siéndole fácil conseguirlo de los de Castilla, resignábase a tenerlo pontificio, que, como es sabido, resultan muy económicos"²².

El siguiente escalón de la pirámide, la mesocracia, las profesiones liberales, burócratas y pequeños comerciantes y usureros, que intenta y consiguen recoger las migajas del gran pastel del Presupuesto o de los favores gubernamentales, tampoco sale bien parado. Tito Liviano, una vez más, nos hace una socarrona descripción de la burocracia del nuevo régimen, que entronca directamente con la imagen que nos transmitió Larra, y con realidades aún presentes en la vida española: "En la hospedería burocrática de la Presidencia... no eran grandes los quehaceres de los buenos muchachos que allí tenían cómodo acogimiento: unos leían periódicos, otros tertuliaban entre el humo de los cigarrillos; iban y venían de una parte a otra, pasándose de mano en mano papeles con trabajos vagamente iniciados. Todo indicaba la plantación de un árbol burocrático que pronto daría flores, y quizás algún fruto". Recapacitando, Tito Liviano sentenciaría: "Todo eran ficciones, favoritismos y un saqueo desvergonzado del presupuesto"²³.

Los negocios sucios y la corrupción eran asimismo otro elemento imprescindible en la vida política y económica de la Restauración, y que aún sigue presente con fuerza cien años después en la vida española. La prosperidad de los primeros años setenta y ochenta, se vio acompañado de un afluir de capitales extranjeros: "Vivimos en la época del fausto insolente y de los grandes negocios. No se habla de otra cosa que de capitales extranjeros que afluyen aquí buscando empleo y beneficios pingües, de grandiosas empresas industriales, de ferrocarriles más largos que la Cuaresma y de otros cortos y ceñidos al interés particular. La alta banca se mueve, el dinero se desentumece, y corre a donde lo llaman el crédito y el trabajo"²⁴.

Se dieron escándalos financieros a todos los niveles. Desde el caso de *Banco Popular* de Doña Baldomera Larra, hija del gran "Figaro", que ofrecía pingües intereses a los modestos ahorradores por unas hipotéticas minas de metales preciosos y diamantes de América, y que terminó fugándose a Suiza con el capital recogido; hasta el de monsieur Donon, "a quien se adjudicó en concurso la terminación de las líneas férreas del Noroeste, dio pruebas de ser hombre sagaz, y al propio tiempo muy agradecido. Al constituir su Consejo de Administración, repartió las plazas de consejeros, dotadas espléndidamente, entre lo más granado de la situación conservadora, dando también su poquito de turrón a los liberales, y mucho más a la gente paulatina"²⁵.

La comparación con la Francia de Luís Felipe y su famoso lema "enriqueceos", vino que ni pintado a Galdós para definir una época y unos usos sociales que no fueron precisamente modelo de austeridad.

Las clases populares madrileñas son pintadas con más benevolencia. Aficionadas a los grandes espectáculos públicos que el nuevo régimen trajo consigo: desfiles militares, entradas reales, bodas regias, corridas de toros..., compensación de la vista a unos estómagos hambrientos cuya situación secular no mejoraba. Las aspiraciones de este pueblo madrileño, puestas en boca de Casiana, nos hacen recapacitar sobre la sempiterna suerte de las clases populares en la España contemporánea "Y lo primero que le pido, don Tito de mi alma es que me dé de comer... ¡Ay ..., cuando yo le cuente cómo ha sido la infancia de esta pobrecita Casiana, se espantará usted...! De los cinco a los diez años anduve por las calles, descalza, con un ciego que tocaba la bandurria. Largo tiempo pasé durmiendo en un banco sin más abrigo que unos trapajos indecentes. El abandono en que me tenía mi madre no se cuenta en un año. Me alquilaba para pedir limosna con mendigos asquerosos y borrachines"²⁶.

Estas miserias y relajación moral, gozarán por parte del novelista de un trato de favor enfrentada a la que se produce en los estratos altos de la sociedad, debidos al aumento de la riqueza, "y como temprana reacción anti, los primeros ejemplos de una rebeldía emancipadora contra los convencionalismos hipócritas de la moral burguesa", tal y como sería el concubinato de Tito y Casiana²⁷.

1.6. *El régimen político*

Sobre esta variopinta y abigarrada realidad social, se levantó un sistema político de compromiso entre los intereses de los latifundistas castellano-andaluces, los ferreteros vascos y los industriales catalanes; de compromiso entre los progresistas, domesticados por Sagasta, y los conservadores, moderados por Cánovas. El resultado fue un régimen de compromiso pacífico, intento de síntesis entre las dos Españas separadas por el 68, pero dentro aún de los límites dialécticos del liberalismo burgués. Su fallo esencial estribaría en la marginación efectiva del "cuarto estado" del proletariado naciente, a la que contribuiría decisivamente la farsa electoral montada sobre el engranaje caciquil.

Para Seco, "la farsa canovista, lejos de lograr la síntesis con los dogmas revolucionarios liberales, los ha traicionado, y bajo la apariencia de una democracia coronada, ha llevado a cabo una retrogradación". Clericalismo, caciquismo, frustración nacional, serían el resultante de aquellos cincuenta años de la vida española.

Galdós, al escribir su "Cánovas" en 1912 tras el desastre del 98, encuadra en el plano político su obra dentro de un claro Regeneracionismo. Su amor a España esta por encima de cualquier otra consideración. Desde situaciones vitales e histó-

ricas tan diversas, a D. Benito, como a Larra en su época, le dolía España. Consecuente con esta posición, el alegato contra el régimen canovista no tendría piedad.

Un Cánovas mediatizado entre los carcomidos restos del Partido Moderado "los Chestes, Moyanos y Orovios que le piden neismo, intolerancia y tentetieso, y de otra parte le acosan los alfonsinos que vienen de Alcolea y quieren franquicias, unas miajas de soberanía nacional y vista gorda para el libre pensamiento" Según la casi siempre certera filosofía popular de D. José Ido del Sagrario. Se refleja, asimismo, la poca gracia que le hicieron a Cánovas los decretos de Orovio expulsando a insignes catedráticos republicanos de la Universidad de Madrid, entre los que se encontraban Giner, Azcárate y Salmerón.

El mito que el estable sistema político inglés ejercía sobre los hombres del momento, queda reflejado entre otros, en los pasajes dedicados a la biografía de Cabrera.

El montaje caciquil y el falseamiento sistemático de los resultados electorales, una de las mayores lacras del régimen canovista, son descritos por Galdós con su gracejo característico y su afilada e inmisericorde pluma: "Funcionó el artefacto electoral, y para hacernos comprender su eficacia, me bastará decir que Romero Robledo estrenó entonces su extraordinaria maestría en la fabricación de Parlamentos. Con tiempo y saliva designó y encasilló a los padres de la patria, formando a su gusto el montón grande de la mayoría conservadora, y el montón chico de la minoría liberal dinástica, sin olvidar unas cuantas figuras sueltas, sacadas de las urnas o de los cubiletes con un fin ornamental y pintoresco. Fue al Congreso Emilio Castelar por el cariño que Cánovas le tenía, y para que no estuviera solo pusieron a su lado al señor Anglada. Una vez más, y aquella vez más que otras, lució sobre Madrid y España la espléndida mentira de la soberanía nacional"³⁰.

No merecerán mejor opinión la descripción de las intentonas republicanas golpistas para derribar el régimen alfonsino (caso de la de Naval Moral de la Mata), ni de los atentados anarquistas contra la figura del rey, pues, según el pesimismo galdosiano, "en aquella época, de una insipidez mal azucarada, hasta el regicidio era tonto, desaborido y sin picante"³¹.

Dos problemas políticos preocuparon sobremanera a D. Benito en el momento de escribir la obra: el auge del militarismo y del clericalismo, que polarizaban la opinión española desde principios del siglo XX, y que tuvieron sus dos hitos respectivos más importantes en La Ley de Jurisdicciones y en la Ley del Candado.

El aumento de la preponderancia militar en nuestro país era fruto, entre otras cosas, de las tres guerras civiles habidas desde 1833 y del reconocimiento y

asimilación de los grados y la oficialidad del ejército carlista derrotado. El peligro que todo ello suponía para la futura estabilidad de España, y la previsión de una posible cuarta guerra civil que se materializaría tristemente en 1936, nos asombra aún hoy cuando comprobamos la capacidad de profundización histórica del autor: "En el rápido crecimiento de la grey militar, muchos veían ventajas positivas... las frecuentes concesiones de grados por méritos efectivos, multiplicaron profusamente la cifra de oficiales y jefes. Muchos, hermanando el valor con la fortuna, pasaron muy pronto de tenientes a generales. De esta categoría teníamos caudillos bastantes para mandar los ejércitos de Napoleón". Y refiriéndose a la victoria conseguida por las tropas alfonsinas sobre los carlistas en 1876, añadirá uno de los personajes ante los vítores del pueblo a D. Alfonso: "¡Pobrecitos! Lllaman paz a una tregua cuya duración no podemos apreciar todavía"³².

El auge de las órdenes religiosas durante la Restauración, la recuperación material y el influjo social de las mismas, sobre todo a través de la enseñanza, alarmaron considerablemente a los medios republicanos, laicos y liberales en general. Galdós no fue una excepción. Cánovas, particularmente su segunda parte, constituye más que un toque de alerta, un alegato contra la invasión de las órdenes religiosas foráneas. Esta invasión, debida, sobre todo a la legislación anticlerical francesa, tuvo dos grandes oleadas: una que vive su personaje, Tito Liviano, hacia 1880; y una segunda a la que está asistiendo Galdós, hacia 1910 y que provocó las medidas de contención de Canalejas (*Ley del Candado*).

Las descripciones de la llegada de frailes procedentes del país vecino contienen ese cierto aire siniestro que los anticlericales exhalaban al hablar de las órdenes religiosas: "En Coruña vi entrar una partida de hombrachones vestidos de estameña y con unas correas llenas de nudos. Eran franciscanos. Llegaron en un vapor. Salieron a recibirles muchos señores beatos, y las damas pías les enviaron a su alojamiento jamones y tortas de dulce. Al día siguiente desembarcó otra caterva de frailes, con diferentes vestiduras, y marcharon a Santiago, llamados por el arzobispo, que les tenía preparado un hermoso convento... Mis hermanas y yo presenciamos en Barcelona la llegada de unos capuchinos procerosos, bien cebados, y con una barba hasta la cintura. Al pasar por la rambla les arrearon una silva espantosa. Los frailes barbudos, azuzados por mujeres y chiquillos, tuvieron que buscar refugio en la iglesia del Pino, adonde acudió el gobernador con policía para sacarlos de aquel trance y llevarles con mucho mimo al Palacio Episcopal"³³.

También resulta digna de mención la sarcástica conversación de Tito Liviano con el joven jesuita destinado a dar la asignatura de Historia en el colegio que

iba a crear la Compañía de Jesús en Chamartín, que confesaba no estar muy ducho en la materia que le había tocado explicar.

Y sin embargo, como afirma Seco, "la Restauración no ha sido —esto lo reconoce implícitamente D. Benito—, una simple marcha atrás —un proceso de reacción—, sino un intento de síntesis"³⁴.

Muy significativa, y adaptada a la realidad del personaje, es la confianza que el propio Cánovas hace a Tito Liviano: "Si Sagasta no reniega de su historia, su primer cuidado al llegar al poder será poner diques a la inundación frailería, ateniéndose estrictamente a la letra del Concordato. Cada cual debe permanecer en su terreno propio, gobernando conforme a sus ideales y a sus compromisos. La realidad histórica, el carácter y el sentido de las fracciones políticas que me han dado su apoyo para consolidar la Restauración, me impiden realizar con acento vigoroso la política regalista. Sagasta es el llamado"³⁵.

Que todos estos problemas, inacciones y corrupción afectaban sensiblemente a Galdós, es cosa indudable. Que su patriotismo liberal reaccionaba en su sentido regeneracionista, también. Tito Liviano, una vez más pone el dedo en la llaga al afirmar la necesidad de crear un presupuesto que dedique más atención a la enseñanza y obras públicas en detrimento de las dotaciones destinadas al Ejército y a la Iglesia. El tono pesimista sobre la viabilidad de este cambio de rumbo aparece bien a las claras en este párrafo: "Los dos partidos que se han concordado para turnar pacíficamente en el poder, son dos manadas de hombres que no aspiran más que a pastar en el presupuesto. Carecen de ideales, ningún fin elevado les mueve, no mejorarán en lo más mínimo las condiciones de vida de esta infeliz raza, pobrísima y analfabeta. Pasarán unos tras otros, dejando todo tal y como hoy se halla, y llevarán a España a un Estado de consunción que de fijo ha de acabar en muerte. No acometerán ni el problema religioso, ni el económico, ni el educativo"³⁶.

Esta deprimente situación, solo merece en las últimas páginas de la obra una apelación revolucionaria, repudio de una depresiva situación nacional vivida a disgusto: "Alarmante es la palabra revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda aquexia que invade el cansado cuerpo de esta nación. Declaraos revolucionarios, díscolos, si os parece mejor esta palabra; contumaces en la rebeldía. En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita, si queréis, constituirán el único síntoma de vida"³⁷.

La continuación —por desdicha, troncada— de los Episodios Nacionales, una vez comprendido por el autor el nuevo factor histórico cada vez más insoslayable:

el del "cuarto estado", convertido en sujeto político como proletariado militante, tal vez nos hubiera deparado una apasionante visión novelada de las primeras fases de lo que Vicens Vives ha denominado "la gran crisis española del siglo XX".

2. EL EPISODIO NACIONAL "CÁNOVAS" ANTE EL PÚBLICO ESPAÑOL DE LA ÉPOCA.

Las obras de Galdós, como en general toda la novelística del S. XIX y primeros años del XX, tiene como producto de consumo, como volumen impreso y encuadernado en pasta dura, un destinatario claro. El triunfo de la burguesía y el establecimiento del sistema capitalista, permitieron la creación de un auténtico mercado para las producciones culturales que se nutría de las distintas ideologías y fracciones de clase.

Si bien en nuestro país, estos fenómenos se vieron enormemente mediatizados por las carencias y retrasos de las revoluciones industrial y burguesa, que duda cabe que a principios del S. XX, tanto la industria editorial como el público burgués lector, se encontraba, aunque de una manera reducida, perfectamente conformados como tales.

Como género literario, la novela, despreciada como "lectura de mujeres" al comienzo del siglo XVIII, se convirtió en la soberana absoluta de la literatura en el siglo XIX, cuando la imprenta mecánica permitió el lanzamiento de grandes ediciones destinadas a la triunfante clase media.

Esta clase media, minoritaria en el conjunto de la polarizada —y en buena parte— todavía rural y analfabeta sociedad española, va a constituir el destinatario principal de los "Episodios" en general, y de esta última serie en particular. La excelente fuente de ingresos que constituía por estos años las narraciones históricas publicadas por entregas, fueron uno de los motivos que le decidieron a Galdós a continuar los "Episodios"³⁸.

A la excelente acogida del último de ellos, no fue ajeno el polémico tema central de la obra: el de la proliferación de las órdenes religiosas. Todo un fuerte sector ideológico anticlerical que abarcaba desde liberales dinásticos hasta socialistas pasando por las distintas familias de republicanos, devoraron con deleite y fruición esta novela. Su extracción social podemos suponer que era, asimismo, diversa, pero perfectamente delimitada: profesiones liberales, pequeños comerciantes e industriales urbanos, burócratas medios, sectores muy determinados y específicos del mundo obrero, y algún que otro oligarca de la Restauración escorado a la izquierda por esnobismo o preocupación social sincera.

Por el contrario, la enemiga en los medios eclesiales y más reaccionarios política y socialmente de la España de la época, fue indudable, en una sociedad capaz de polarizarse —las eternas dos Españas— ante casos como el de Electra o el del Obispo Nozaleda, todavía recientes en 1912.

Posteriormente la obra de Galdós ha sido asumida por todos los públicos españoles como un patrimonio común y precioso, e incluso hoy día se puede dar a su lectura, incluso un significado relativamente conservador. Pero este fenómeno, muy reciente, no puede ser tomado anacrónicamente y llevado a la segunda década del siglo, como lo hace Saiz de Robles en su Introducción a las Obras Completas³⁹.

NOTAS

- ¹ SECO SERRANO, C., *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX.*, Madrid, 1973, pag. 13.
- ² Sería prolijo enumerar los principios, aparato teórico y metodológico que conforman esta historiografía. Baste citar los señeros nombres de Lefebre, Bloch, Febvre, Braudel, Vilar, y en nuestro país: Vicens Vives, Jover, Domínguez Ortiz, Tuñón..., entre otros.
- ³ Gullón, R., *Galdós, novelista moderno.*, Madrid, 1966, pag. 150.
- ⁴ *Ibid.*, pag. 123 y SECO SERRANO, C.; *op. cit.* pag. 283.
- ⁵ PÉREZ GALDÓS, B., *Cánovas.*, Madrid, 1980. pag.179.
- ⁶ GULLÓN, R.; *op. cit.*, pag. 154.
- ⁷ *Ibid.*: *op. cit.* pag. 146.
- ⁸ SAINZ DE ROBLES, F.C., "Introducción", en *Obras Completas.*, Madrid, 1971, pag. 144
- ⁹ PÉREZ GALDÓS, B., *op. cit.* pag. 21.
- ¹⁰ GULLÓN, R., *op. cit.*, pag.153 y SECO SERRANO, C., *op. cit.* pag. 307.
- ¹¹ SECO SERRANO, C., *op. cit.* pag. 304.
- ¹² Podemos considerar dentro de este grupo los siguientes: Cánovas, Esteban Collantes, Cabrera, Motpesier, la reina Mercedes, Sagasta y Elena Sanz.
- ¹³ SECO SERRANO, C., *op. cit.* pag. 293. PEREZ GALDOS, B., *op. cit.* pag. 57 El papel de Isabel II durante la Restauración ha sido recientemente revisado por CIERVA, R. de la: *La otra vida de Alfonso XII.* Avila, 1994.
- ¹⁴ PÉREZ GALDÓS, B., *op. cit.* pag. 39.
- ¹⁵ *Ibid.*, pag.109. Sobre Cánovas siguen siendo de obligada consulta dos aproximaciones biográficas muy completas aunque ya algo antiguas: FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Cánovas, su vida y su política.* Madrid, 1972 COMELLAS, J.L.: *Cánovas.* Madrid, 1965. Una síntesis breve, acertada y reciente del pensamiento de Cánovas, en GARCÍA ESCUDERO, J.M.: *Cánovas un nombre para nuestro tiempo.* Madrid, 1989.
- ¹⁶ PÉREZ GALDÓS, B., *op. cit.* pag.143. Sobre el fenómeno Elena Sanz, v. CIERVA, R. de la: *op. cit.* pp. 317-318, 328-331, 370-371, 435-452.
- ¹⁷ GULLÓN, R.: *op. cit.* pag. 159.
- ¹⁸ SECO SERRANO, C., *op. cit.* pag. 307.
- ¹⁹ *Ibid.*, pag.312.
- ²⁰ PÉREZ GALDÓS, B., *op. cit.* pag. 151.
- ²¹ *Ibid.*, pag. 62

- 22 *Ibid*, pp. 72-73.
23 *Ibid*, pp. 38 y 51.
24 *Ibid*, pag. 92.
25 *Ibid*, pag. 146.
26 *Ibid*, pag. 22.
27 SECO SERRANO, C., *op. cit.*, pag. 312.
28 *Ibid*, pag. 284.
29 PÉREZ GALDOS, B., *op. cit.*, pag. 47.
30 *Ibid*, pag. 68.
31 *Ibid*, pag. 132.
32 *Ibid*, pp. 83-84.
33 *Ibid*, pp. 166-167.
34 SECO SERRANO, C., *op. cit.*, pag. 315.
35 PÉREZ GALDÓS, B., *op. cit.*, pag. 159.
36 *Ibid*, pag. 154.
37 *Ibid*, pp. 179-180.
38 GULLON, R., *op. cit.*, pag. 121.
39 *Ibid*, pp. 144-145.